

## A través del Pirineo Central

TODO empezaba un nublado 7 de agosto en las cercanías de Portalet. Oscurecía, y acompañando a las tinieblas caía sobre nuestros sacos un primer chaparrón. No era un comienzo muy agradable para una travesía, pero ya estábamos allí y un amplio horizonte de valles y cimas se abría ante nosotros.

Y la verdadera hora llegó. Por el ancho camino que parte del refugio forestal, nos fuimos acercando a la vieja mina, para tomar luego una empinada torrentera a nuestra derecha que nos dejaría en los ibones de Anayet. Ante nosotros la reducida crestería con sus tres cimas, y a la derecha, sobre una loma, un magnífico rebaño de sarrios. El fotógrafo del equipo siguiendo al rebaño y nosotros al fotógrafo, el caso es que, sin habérselo propuesto, hicimos toda la cresta, terminando en el esbelto pico de Anayet.

A pesar de la niebla, que ya empezaba a envolvernos, salíamos tras la comida en dirección a Pombi. Doblados bajo un generoso peso, nos adentramos por aquellos parajes hasta que empezaron los titubeos. A poco, un formidable «a pico» los cortaba por lo sano. ¡Nos habíamos colado! Completando su broma, la niebla se retiraba por unos momentos mostrándonos en la dirección opuesta lo que quería ser nuestra meta. Una bajadita suplementaria, su correspondiente subida... y un nuevo vivac.

Con el amanecer y ya sobre el camino de Pombi, veíamos aparecer ante nosotros la cima, primero, las cortadas paredes, después, de esa imponente mole que es el Midi, y al que pronto atacaríamos desprovistos otra vez del peso de las mochilas. Llegando a las primeras clavijas, nuestra soledad se convertía en una concurrida procesión. Sobre la cima, más parecía una playa que otra cosa. Alta Montaña... paraíso del Silencio, de la Soledad... ¿Dónde estáis? Unos primeros truenos acompañando negros nubarrones, y la desvandada se hacía general. No te enfades, Midi, pronto volverás a la Paz de tu Altura. Hemos roto tu Silencio sagrado... Los hombres somos así: venimos hasta aquí buscando elevarnos contigo a la grandeza de ese Silencio, y luego que lo tenemos somos incapaces de gustarlo.

Pasado el chaparrón, nos poníamos de nuevo en marcha. Allí lejos, otras cimas nos esperan.

Bajamos al valle de Ossau y, al otro lado de la carretera, un nuevo camino nos llevaría bajo un fuerte calor a las cercanías del refugio de Arremoulit, camino que en sus últimos metros se convertía en una estrecha senda tallada

a pico en una gran pared sobre los lagos de Artouste. No lejos del refugio emplazamos nuestro vivac. ¿Por qué despreciar el embrujo de una noche bajo las estrellas?

Bordeando los lagos llegamos a la mañana siguiente al «col» de Arremou-lit pensando en el Balaitús, pero vista así de cerca la cosa aparecía un poco seria. La niebla lo cubría por completo, además estaban las abultadas mochilas. Subir de allí, bajar la brecha de Latour... con todo aquello... La inseguridad del tiempo fue el empujón que faltaba a una decisión, así que bajamos a los lagos de Arriel y por el camino que bordea este barranco pasamos al de Aguas Limpias para, siguiendo éste, llegar al ibón del Respumoso. No eran aún las tres de la tarde cuando, comiendo a su orilla, la lluvia nos hacía su visita cotidiana. Esta noche no habrá «estrellas». Bajo el techo del refugio veíamos pasar las horas que completarían ese día entre los acordes de un txistu y las voces del numeroso grupo que allí nos encontramos.

Nublado y tristón se nos presentó el nuevo día, pero el Balaitús seguía allí. Muy mediada la mañana salimos hacia la Brecha, a pesar del tiempo. La duda surgía de nuevo a su pie, ya que ella misma desaparecía bajo las nubes. Corría ya la tarde cuando decidimos continuar... En aquella cima sí reinaba la más completa soledad. Cubriendo nuestra alegría, el ruido del frío viento que desgarrando la niebla nos permitía entrever por momentos algo de lo que nos rodeaba.

Peregrinos de una locura, conquistadores de lo inútil, que un día nos llamó Lionel Terray, seguimos nuestra marcha tras otros inútiles que conocer, inútiles que se traducen en nombres de cimas mil veces soñadas por tantos y tantos que un día oyeron la llamada retadora de la Altura.

Un buen barrido de despedida, y éramos ahora seis los que nos poníamos en marcha hacia una nueva etapa, en la que neveros y pedregales se iban a suceder con la salvaje belleza de los lagos pirenaicos. El lento caminar del grupo se vio un momento turbado con la aparición de un numeroso rebaño de sarríos que, atravesando ante nosotros un nevero, «escalaron» una empinada pared, desapareciendo en pocos minutos. Miramos largo rato sin llegar a comprender cómo habían podido subir por allí, y envidiando su asombrosa agilidad seguimos nuestro camino. Nueva parada ante el ibón de Tebarray para recuperar fuerzas, y bordeando el Infierno bajamos a los lagos Azules. De allí a Bachimaña hasta el refugio, y dejando a nuestra derecha el camino de Panticosa llegamos a los ibones del Serrato y por el «col» del Brazato al barranco de Batanes. Eran ya muchas horas de marcha y allí mismo, cara al Vignemale, vivaqueamos.

Tampoco esta noche faltó a su cita la tormenta, y el nuevo día aparecía tan inseguro como los anteriores. Mientras los que se unieron al grupo en Piedrafita tomaban el camino de Torla, nuestras miradas se dirigieron hacia



*Pico Anayet*

el Vignemale. Por el «col» des Oulettes bajamos al refugio des Oulettes de Gaube y, siguiendo luego el camino de la Hourquette d'Ossau, llegamos al refugio de Bayselance. El cielo estaba demasiado negro y como era de esperar no tardaba en estallar la tormenta que desde hacía días venía preparándose. Una tormenta de las que hacen época y que en unos minutos llenaba a tope el refugio.

Con las primeras luces llegaban los primeros pasos, había prisa por ver cómo estaba el tiempo. Una ligera niebla se aferraba a la cima, pero estaba seguro. En un rincón del camino las mochilas, nos adentramos ya más ligeros en el glaciar de Ossau atravesándolo a lo largo para recorrer luego la cresta con sus Pitón Carré y Pique Longue, bajando directamente sobre el glaciar tras las fotos de rigor. Y puestos a bajar, lo hicimos a lo largo de varias horas llegando con el mediodía a Gavarnie. Tres horas esperando la llegada del panadero, y armados de sendas barras allí nos íbamos con nuestra locura a cuestras. ¿Locura? ¡Y que la haya! Locos capaces de escuchar esa llamada, de sentir la vida en la alegría de un camino por duro que sea.

Imponente mole de piedra, insólito como el cuadro que lo rodea, aparecía en el atardecer ante nosotros el refugio de Serradets, pero de nuevo esta vez el tiempo ha dicho sí a nuestros vivacs, y en la misma Brecha de Roland haríamos el que sería más alto de la travesía.



*Circo de Gavarnie*

Muy temprano aún, las voces de los que subían del refugio nos sacaron de nuestro sueño. En marcha una vez más, el grupo aumentaba según nos acercábamos al Casco de Marboré. Aunque el Sol ya brillaba sobre nosotros, la niebla cubría los valles que rodean la modesta cima. Guardando altura, fuimos bordeando el Circo tras las Torres de Marboré, saliendo al lago Helado, al pie del Perdido, última cima de la travesía. Aquella media hora fue un poco como un paseo, un paseo siempre hacia arriba que venía a cerrar ese mundo de alturas que habíamos vivido más que recorrido.

En el descenso dejamos el refugio de Goriz muy abajo, a nuestra derecha, y ladeando llegamos a las cascadas donde tiene su «arranque» el barranco de Añisclo, vivaqueando al amparo de aquellos gigantes.

Con el nuevo día, una rápida visita al barranco y, por la Faja Pelay, Ordesa a vista de pájaro, nos acercamos hasta Bujaruelo, donde un último vivac cerraría la travesía que a lo largo de estas horas he vuelto a revivir.

Después sería otra vez la carretera, los coches, los pueblos, ese pan de cada día del que buscamos huir en nuestro caminar hacia lo Inútil, y es que, como en los días de Mallory... «las montañas están ahí».

J. J.